



PRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, un mes, 6 rs.; PROVINCIAS, trimestre, 18 rs. En sufragio directo, 2-4 por correspondencia, S.C. ESTRELLEROS Y UTRERAMA, S.C. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO. OFICINAS DEL PERIÓDICO: Calle, 1, principal, Madrid. Se suscribe en todas las librerías y en la Administración. Se inserta anuncio y comunicado.

FRANZ LISTZ.

Nació Franz Listz en Reiding (Hungría) el 22 de Octubre de 1811. A los seis años comenzó el estudio del piano, y a los nueve apareció por primera vez ante el público. Poco después encontró dos protectores, los condes de Amaden y Zopary, que le señalaron una pensión de 600 forines para que perfeccionase su educación musical.

En Viena recibió Listz lecciones de armonía de Salieri, y perfeccionó su talento de ejecución bajo la dirección de Czerny. Se trasladó después a París y se presentó al Conservatorio, donde se le negó la entrada por su calidad de extranjero. No se desalentó Listz por esta contrariedad, y en París dio varios conciertos que hicieron popular su nombre entre las familias más aristocráticas.

En 1834 hizo Listz un viaje a Londres, donde alcanzó señalados triunfos, y a su vuelta a París la dirección del teatro de la Ópera le encargó que pasara en música un libreto titulado: *Don Sanchez ó El castillo del amor*.

Esta obra se estrenó el 17 de Octubre de 1835, con mal éxito. Volvió Listz a Inglaterra en busca de triunfos más fáciles, y pronto reapareció en Francia, donde tuvo la desgracia de perder a su padre.

Quedó Listz a los diez y siete años de edad, solo, huérfano, y con una reputación difícil de sostener: entonces el joven pianista se consagró al estudio con todas sus fuerzas, y llegó a dominar casi todas las dificultades del piano.

Por entonces una grave enfermedad influyó sobre su ánimo inclinandole hacia el misticismo; pero pasada aquella impresión volvió Listz al teatro de sus triunfos con más ardor que nunca, alcanzando en la sociedad de conciertos del Conservatorio parisiense uno de sus mayores triunfos.

Después viajó Listz por Alemania, Italia, Rusia, España y Portugal, consiguiendo aplausos y dinero; y en Alemania organizó el festival en honor de la estatua de Beethoven, dirigiendo una orquesta original escrita para aquella solemne circunstancia. Berlín ha referido en sus *Noticias de la ópera* las angustias, los trabajos y las dificultades con que tuvo que luchar Listz para llevar a cabo aquella empresa. Los soberanos alemanes habían costado la estatua de Beethoven; Listz tomó a su cargo los gastos del festival y se ahorró.

En 1843 el ilustre pianista fue nombrado maestro de capilla del gran duque de Weimar, y entonces se constituyó la famosa trinidad de Listz, Wagner y Schumann, que dio ocasión a tantas burlas, y que mereció respeto, porque representó el esfuerzo de tres ingenios de primer orden en su lucha contra todas las eminencias musicales.

Su cargo de maestro de capilla no impidió a Listz realizar nuevos viajes a Roma y Francia. En 1851 se dijo que el gran artista iba a contraer matrimonio con la princesa Wittgenstein, y, según parece, poco faltó para que se realizase este matrimonio. Hacia la misma época el duque de Sajonia-Weimar, nombró a Listz chambelán.

Hallándose en 1854 en Roma, sintió Listz despertarse en su alma el sentimiento religioso, y determinó recibir las órdenes eclesiásticas. El 25 de Abril de 1855 recibió la primera tonsura en la capilla del Vaticano.

En su nuevo estado no ha alejado a Listz de la música; pero se ha consagrado a escribir música religiosa.

Listz ha tenido dos hijas: una de ellas se casó con Emilio Olivier; la otra es esposa del célebre maestro Wagner.

Como pianista, el talento de Listz no ha sido jamás puesto en duda. Vigor, energía, dominio del piano, intuición del estilo de los maestros, todo lo que caracteriza, en suma, al pianista eminente, se halla reunido en él.

Como compositor no se le puede negar grandiosidad en la concepción. La cantata en honor de Beethoven y su *Prometeo*, han sido elogiados con justicia. La composición para piano son de primer orden, y entre ellas merecen especial mención las tituladas *Mozzart, Chopin, Liszt, y Liszt*.

Listz es también escritor, brillando a grande altura en su *Polemica sobre Thalberg*, su *Carta a Mad. Sand* y su folleto sobre el *Tasmanianer* y el *Lolengrin*.

HABITABILIDAD DE LOS ASTROS (1).

XIII.

ANALOGÍAS Y CONCORDANCIAS.

Hemos dicho anteriormente que la universalidad de las leyes de la naturaleza es un hecho, que lógica ni científicamente se puede poner en duda.

pueblan los espacios estelares; pobre idea daría de su fuerza creadora si no hubiera subordinado a unas mismas leyes cuanto depende de la naturaleza.

La observación telescópica, el análisis espectral, la química con sus maravillosas demostraciones, nos han revelado que la misma fuerza de atracción que reunió los átomos y formó agregados moleculares, que por su propio movimiento y cohesión constituyeron después el inmenso volumen de la tierra, organizó por los mismos procedimientos la multitud de centros planetarios que llenan el universo.

La verdad que las condiciones físicas varían de unos a otros sistemas; es verdad que, aun dentro

sonas en toda la creación. La luz de las más lejanas estrellas se refleja, refracta y posee las mismas condiciones de movimiento e intensidad que la que nos envía el astro radiante de la mano. El movimiento de los cuerpos celestes, aun de aquellos más distantes, está regido de las mismas leyes que regulan el movimiento de los cuerpos que contiene la tierra. Los aerolitos, esas piedras meteóricas, productos tal vez de otros mundos, de otras tierras, no presentan al análisis químico, en los elementos que los componen, sustancia alguna ni agregado molecular que no se conozca en nuestro planeta.

Las superficies sinuosas y accidentadas de los astros demuestran que tuvieron el mismo origen cósmico, gaseoso y líquido que la tierra, y que como ésta han pasado por idénticas transformaciones antes de llegar al estado sólido. Proporcionalmente a sus distancias del grande luminar del día, todos los planetas, incluso la tierra, reciben el grado de calor respectivo, bajo iguales formas, condiciones y efectos, si bien los medios en que se realizan median algunas veces modificar su carácter esencial.

Si los medios varían, sufren modificaciones sensibles las sustancias de todas las cosas. El vegetal y el mamífero, especialmente, trasladados a climas y latitudes diferentes de aquellos de que son originarios; degeneran ó se perfeccionan; pero, en uno ú otro extremo, conservan siempre gran parte de su aspecto plástico y de sus principios elementales.

La densidad se manifiesta en nuestro globo en progresión ascendente, partiendo del centro a la periferia, y bajo el mismo orden se realiza este fenómeno en los demás astros. En tal el enesdenamiento, al maravilloso enlace de las leyes de la naturaleza, que si de repente faltase una de ellas el desequilibrio de las restantes sería instantáneo. A este propósito dice Feuerbach: «Si se suprime una ley de la naturaleza, quedan todas suprimidas.»

A no haber venido la demostración científica en ayuda nuestra para enseñarnos la universalidad de las expresadas leyes, solo por la fuerza de cálculo y del raciocinio hubiésemos llegado al conocimiento de aquella verdad fundamental. Los astrónomos, por medio de operaciones matemáticas, señalaron la existencia y la situación precisa de algunos astros desconocidos antes; la observación telescópica confirmó después la exactitud de estos cálculos. Con la misma precisión se nos anuncian los eclipses de sol y luna y las conjunciones de los demás planetas. Con igual certeza se predice el tiempo en que han de presentarse a nuestra vista algunos de los cometas que fueron observados hasta ahora: el de Encke verifica su revolución en tres años y medio, el de Biela en seis años y nueve meses, el de Halley en setenta y seis años y el de 1680 en quinientos setenta años.

Hay un cometa cuyo período revolucionario duraba cincuenta años; pero habiendo en 1767 pasado muy cerca del planeta Júpiter, la acción de este astro cambió aquel período en cinco años; así hubiera continuado a no haberse encontrado en otro día veinte cuando tornó el cometa a pasar cerca de Júpiter en 1772. Compañero cincuenta cometas han sido ya observados y determinadas sus órbitas.

Hastamos una simple regla de proporción para averiguar las distancias medias que existen desde los planetas al sol. Kepler se determinó que los astros de nuestro sistema están sujetos a una ley general, a saber: «que los cuadrados de sus tiempos periódicos son proporcionales a los cubos de sus distancias medias del sol.» Conociendo la distancia de un planeta al astro, centro del sistema, se determina fácilmente por la ley de Kepler y un cálculo proporcional las distancias medias de los demás cuerpos.

El conocimiento de las leyes generales que rigen en el universo nos permite decir, que para llegar a la estrella más próxima a la tierra, que es el Alfa de Centauro, necesitaría un bala de cañón, corriendo con la velocidad de 500 millas por hora, invertir cuatro millones de años; y que la luz, que salva 231.000 millas por segundo, emplea un millón de años en llegar a nuestros órganos visuales desde las nebulosas que habitan en los últimos confines del mundo telescópico.

No es posible poner en duda la solidaridad que une y sujeta todos los cuerpos a la acción recíproca de unas mismas leyes, desde el átomo invisible



Franz Listz.

de estos mismos, la constitución orgánica y el ranológico de unos astros, difiere bastante de las de otros; pero, estas hechas arguyen acaso en contra de la unidad de las leyes que rigen a la naturaleza.—No por cierto: nos consta su universalidad en todo lo que se contrae a nuestro mundo. El pez, el ave, el cuadrúpedo son constituidos bajo los mismos principios atómicos; y sin embargo, su volumen, su organización física y los medios en que viven son muy distintos entre sí.

El astrónomo, armado de sus potentes objetivos, ha huido sus miradas en las regiones del infinito, a millones de millas de leguas de distancia; y por todas partes ha encontrado el mismo orden mecánico, iguales cálculos geométricos, idénticos principios reguladores.

Las leyes del movimiento, de la luz, del calor y de la existencia universal son uniformes y uni-

hemos demostrado, al par, que esas leyes se cumplen con matemática exactitud en cuanto se refiere a la tierra. Así pues, la teoría que venimos desenvolviendo en este escrito exige la demostración de la universalidad de aquellas leyes; para establecerlas sobre seguras bases, en el estado actual de los conocimientos humanos, es preciso, acompañados en ellos, proceder por analogías y comparaciones.

«Todo cuanto existe, dice Hudson Tuttle, desde los animalillos que flotan en la atmósfera hasta la inteligencia humana que surge de la masa enervable, todo está sujeto a principios fijos e invariables.» Efectivamente, el alma del universo, digámoslo así, no podía legar de distinto modo para cada uno de los infinitos centros de acción que

(1) Véase el número 111, del mes de Julio.

